



Si partimos del supuesto de que el psicoanálisis es una herramienta teórica para abordar la clínica, ¿qué lo hace estar en vigencia hoy más de un siglo después de su nacimiento?

Es aceptado en la heterogénea comunidad psicoanalítica que nuestra disciplina se gestó en las entrañas de su práctica inherente: la atención del sufrimiento psíquico. Allí Freud leyó como nadie antes tropiezos de los sujetos que hasta el momento no habían sido incluidos en una explicación que los integre: síntomas neuróticos, sueños, lapsus, olvidos.

A partir de estas apreciaciones comenzó a desarrollar conceptos, hasta alcanzar más tarde una sistematización de instancias, leyes y relaciones. La primera estructuración del aparato psíquico la publicó en 1900.

Pero esta fundación simbólica no lo eximió de fundirse más de una vez. Así lo mostró Freud mismo, quien mantuvo una reflexión constante acerca de la teoría, e incluso se vio obligado a reelaborarla en 1914 y 1920. Introdujo modificaciones inevitables para salvar el edificio conceptual a la luz de lo que encontraba en su práctica.

Esto permite pensar que no había una armonía prolija entre esos dos momentos de su clínica. Lo explica muy bien al comienzo de “Pulsiones y destinos...”, en donde realiza un análisis epistemológico del conocimiento científico.

¿Cuál es entonces la fantástica relación entre el saber y el sufrimiento? Entre ese saber del analista que lee con las orejas el saber del paciente sobre su dolor, hay una falla a partir de la cual se abre una dimensión interrogativa. El analista está compelido a poner a prueba la utilidad de los conceptos y la lógica que ha incorporado.

Entonces se anoticia de que por muchos conceptos que tenga, de la emanación de palabras y sentido que se hizo receptor no pudo escuchar todo. El analista tiene también su propia falla: conciencia y memoria se excluyen entre sí, y mucho de lo que entró por el polo perceptivo fue filtrado al atravesar las concatenaciones hasta el otro extremo del aparato. No por nada Freud llamó al procesamiento primario “el núcleo de nuestro ser”.

Esa imperfección de las cosas es un aspecto determinante: tan insuficiente como posibilitador. Por el lado de la teoría, ésta nunca pretendió ser una cosmovisión. Por lo tanto no recubre todas las explicaciones y siempre queda una ranura posible, una lectura más, o una lectura distinta.

Por su parte, el analista está advertido que él mismo también está fallado ¿Qué es lo que está todo el tiempo procesando el proceso primario? ¿por qué algunas palabras pudo escucharlas y retenerlas y otras no?

En ese lugar de la ranura, a diferencia de otros discursos disponibles, el psicoanálisis considera una falla estructural y no contingente. Y se sirve de ella. Tanto en la clínica como en la constitución subjetiva.

Creo que es a partir de esta conjunción de fallas como la teoría y la práctica han logrado reelaborarse a sí mismas; ha sido su motor para alcanzar el alto grado de sistematización que tiene actualmente. Gracias a los distintos espacios de formación: análisis personal, supervisiones, grupos de estudio y lazos institucionales, el psicoanálisis

Lo imperfecto de nuestra práctica

supo mantener viva la interrogación, la curiosidad y la sorpresa. Podemos pensar que allí reside la fuente de su vigencia a través de las distintas épocas. No es sin otros.

Si cada analista ejerce su práctica no sólo con una teoría del sujeto, sino también con aquel “núcleo del ser” en su juicio más íntimo, aquella falla que lo involucró en esto ¿no tiene cada analista una pregunta?

Ignacio Albornoz
Psicoanalista
(08 de agosto de 2020)